

Son navíos de preciosas velas en el tiempo. Oprimen las sienes mientras lanzan mensajes a través de las perforaciones de los ojos. Son la felicidad por la actitud que guardan de ser siempre iguales a toda hora (acto y pensamiento), sin ambiciones, indiferentes a lo transitorio.

Son rezago vivo de carnavales perpetuos, piezas de museos luminosos en movimiento, actuales y arcaicas. Vagabundas y caníbales dignifican caras emputecidas, desafían con éxito situaciones delicadas: nacimientos, entierros, felicitaciones, males cardíacos, la petroquímica. Salen triunfadoras porque no les importa nada: las requieren reyes y emperadores pero también artesanos y obreros; producen reposo en la fatiga y equilibrio en las pasiones: maravillosas, eutrapélicas. Permiten, en fin, levantar barreras al mundo y derribarlas.

Recuerdan que Jehová se puso la cara del descanso burgués el séptimo día de la pantomima, pero también que la hoja de parra es el menos ocurente de los rostros, pero en nada ardid desdeñable; de que entre una y otra máscara no hay más diferencia que una cara difunta, ¿lo sabías amigo espectador?

Cuando se pican los dientes de una máscara, mala señal: advendrá un cataclismo. Esto lo sugieren los libros herméticos escritos por dioses familiares; y una máscara lampiña es menos solemne pero no más antigua. El tiempo se mide en las máscaras por el color convertido en soledad, en *surmenage* y la angustia del retrato.

¡Y fulminará la centella al orgulloso que lleve una máscara sobre otra máscara!

Tú, hermano lobo, que descuidas el futuro, debes saber que la cirugía plástica en máscaras deformes será posible en otro socialismo apoyado sobre otro psicoanálisis. ¿Recuerdas aún los barcos antiguos de rudos mascarones, que alegraban las almas de los naufragos? ¿No es cierto que sólo las máscaras permanecen impasibles en la tierra y en el mar?

Estremécete el día que caigan las falsas máscaras; el mundo se dividirá entonces en hombres y mujeres, inflexiblemente, sin otra alternativa. ¡Será la desnudez, amigo, hemos de verlo, máscara cristalina del alma! Tú serás entonces imagen, palabra en tránsito; la máscara de tu máscara. Sustancia.

Esa cosa difícilmente modelable llamada libertad.

La vuelta al mundo

Rothko y sus hermanos

por Lya Cardoza

El 25 de febrero de 1970, Mark Rothko fue encontrado muerto en su estudio de la calle 69 de Nueva York, semidesnudo, tajadas las venas de las muñecas, en un mar de sangre. Al día siguiente apareció esta nota en *The New York Times*: 'Este pionero del Expresionismo Abstracto estaba en la cumbre de su fama y éxito financiero. Sus cuadros, que se encuentran en los más famosos museos de arte moderno, en ese tiempo valían de \$ 48,000 a 60,000 (dólares) cada uno. Con su muerte, sus precios subieron muy considerablemente.

En su testamento de 1968, Rothko nombró a tres queridos amigos como sus albaceas: el abogado Ries, el matrimonio Ferber y el director de las galerías Marlborough, Lloyd. Menos de tres meses después de su muerte, estos amigos queridos entregaron fraudulentamente 800 cuadros de la propiedad de Rothko a las galerías Marlborough, los poderosos vendedores de pintura internacionales, por una fracción de su valor verdadero.

Indignada por la traición a la confianza de su padre y la dispersión inmediata de la

obra de su vida, la hija de Rothko, Kate, inició un proceso contra los albaceas y las galerías Marlborough. Esta batalla legal se convirtió en la más larga, la más complicada y la más costosa en la historia del arte. Durante cuatro años de litigio y ocho meses de proceso las maquinaciones ofensivas —e ilegales— de los mercaderes del arte fueron dadas a la luz por primera vez.

El caso fue decidido en favor de Kate Rothko, pero la decisión fue el resultado de una miríada de acciones legales y apelaciones; increíble caso de las revelaciones de la corrupción en el comercio del arte han continuado llenando de problemas y descubierto fechorías de museos, galerías y coleccionistas privados por el mundo.

The legacy of Mark Rothko, por Lee Seldes, (Holt, Rinehart and Winston, Nueva York) es un relato de la vida del pintor —quien llegó a los EE UU a los diez años. Nació en Dvinsk, provincia de Vittebsk, el 25 de septiembre de 1903. Se llamaba Marcus Rothkovich. Su querido amigo, Frank Lloyd, se llama Franz Kurt Levai; nació cerca de Viena en 1911. Según su biografía oficial, que no es muy constructiva, inició una galería, la Marlborough, en la Inglaterra de postguerra. El no bien habido dinero de las ventas iba a dar a Liechtenstein, que dicen es el paraíso de los no impuestos, y a los secretos bancos suizos. Esto forma parte de la historia, nunca revelada, de la bilietiza secreta.

En publicaciones recientes (*The New York Times*, 29 de abril de 1979) encontramos esta noticia, entre secciones no principales: "Después de seis años de litigio, el caso Mark Rothko terminó en noviembre de 1977 en la Corte de Apelaciones del Estado de Nuevo York, con el cambio de tres albaceas del patrimonio del pintor y multas de 9.2 millones de dólares para las internacionalmente famosas galerías Marlborough". (!)

La corte estuvo de acuerdo en que los albaceas se comprometieron de manera "equivocada y realmente ofensiva": dejaron que la galería comprara 798 obras de Rothko en una fracción de su precio verdadero.

Quedó un detalle: Frank Lloyd, director de las galerías Marlborough, fue enjuiciado en Manhattan, en marzo de 1977, con cargos de adulterar datos en el caso. Para entonces estaba viviendo en Paradise Island, en las Bahamas (¿lindo lugar, eh? Por allí anduvo el sha de Persia) y se trataba de expedir orden de arresto por el abogado de distrito. Hasta el día de hoy,



Lloyd se evade. Aunque acusado de felonías, no puede ser extraditado de Las Bahamas porque es ¡ciudadano británico!, informa Mary de Bourbon, secretaria de prensa de Morgenthau. Bajo el tratado de ese país con Gran Bretaña, el señor Lloyd puede ser arrestado si regresa a Manhattan. Y hasta aquí la información de *The New York Times*, sobre este siniestro asunto.

Hasta la fecha no se ha podido aclarar si Rothko se suicidó o si fue asesinado. Entre otras cosas, desapareció el informe de las autopsias. Bello el mundo del mercantilismo en el arte. ¡Y todavía hay quienes aspiran a ingresar en éste!

Y cuando puse punto final, me llegó la revista *Horizontes USA* de la embajada norteamericana. En la contraportada, una reproducción a color de Rothko, de "Violeta, negro, anaranjado y rojo", de la Colección Solomon R. Guggenheim, Nueva York. Con el siguiente pie de grabado: Reclamaciones en conflicto sobre el legado de Mark Rothko, a raíz de su muerte en 1970, a la edad de 67 años, demoraron hasta hace poco una exposición completa de sus pinturas. La presentación, montada por el Museo Guggenheim en Nueva York y puesta a disposición de los museos de otras ciudades importantes de los EUA, reafirma la posición y la influencia de Rothko en el mundo del arte. Como Paul Klee y Vassily Kandinsky, Rothko consideraba que el color era el camino al "reino del espíritu".

Y mientras soñaba con el espíritu, los mercaderes de pintura se dedicaron a la materia. Hay más de 28 libros que mencionan la obra de Rothko y cerca de 40 escritos de prensa dedicados a él.

Crítica al sesgo

Segovia y Cobo Borda: el viaje y la nostalgia

Entre los poetas hispanoamericanos que ahora andan por los 30 años, no hay ninguno que me parezca más personal, de más penetrantes registros de dicción, de inteligencia más equilibrada, que Juan Gustavo Cobo Borda. No es el suyo un nombre desconocido, ni mucho menos: un sector significativo e influyente de lectores conoce su poesía (su primer libro, *Consejos para sobrevivir* apareció en 1974 y, antes y después, ha publicado muchos poemas en revistas literarias); lo conoce también como crítico literario, sagaz en el descubrimiento de lo nuevo y la revaloración de lo antiguo, según lo muestra su volumen *La alegría de leer* (1976); como redactor (en realidad, director), desde hace cuatro años, de *Eco*, esa muy seria publicación cultural a la vez tan bogotana y tan germana; como organizador y recopilador de las colecciones de libros que edita el Instituto Colombiano de Cultura. Pero el centro de esa intensa actividad intelectual es, por cierto, su propia poesía. ¿Qué es lo que me gusta más en ella? Exactamente no lo sé,

pero si estuviese obligado a contestar esa pregunta diría que hay dos razones quizá contradictorias: porque es una poesía serena y reflexiva, llena de acentos nostálgicos, casi como la de un hombre mayor que él, y porque es muy directa y rebelde, punzante en sus alusiones a actitudes, circunstancias y situaciones que todos conocemos como la parte más horrible del continente latinoamericano. Por todo eso, me es fácil identificarme con ella, leerla como un testimonio artístico de mi tiempo pero también de todos los tiempos.

Esas virtudes se confirman, con plenitud, en *Ofrenda en el altar del bolero*. *Ofrenda* no es un libro de poesía y tal vez no quiera ser considerada tampoco un cuadernillo. Aparece como algo más humilde que eso: es un simple sobretiro de *Golpe de dados* (Bogotá, No. 37, enero-febrero 1979), revista de poesía. El nombre de ésta predomina en la cubierta sobre el título mismo del conjunto de la lista de los patrocinadores llena toda la contracubierta; cualquiera puede equivocarse y considerarla un número regular de la publicación. (Es también por esa razón que me ocupo del asunto: para que no pase tan desapercibido). Pero bajo tan modesta apariencia se esconde un grupo de 16 poemas admirables. Creo que el poeta más afín a Cobo Borda, el influjo más fértil sobre él, es el gran Cavafy: de él debe haber aprendido ese arte de hacer de un poema, concebido como un fragmento o rápido boceto, una síntesis ardiente de visión histórica y percepción íntima; y la habilidad para dar a esas condensaciones de algo inevitablemente fugaz y tenue, una densidad y precisión imborrables de friso verbal. Lo que dice Cobo Borda parece dicho como desde un saber muy antiguo y para siempre: poesía lapidaria, poesía de reflejos instantáneos que buscan ser de piedra. El siguiente apunte sobre Colombia tiene una ácida precisión que vale por varios volúmenes de ensayos:

País mal hecho
cuya única tradición
son los errores.
Quedan anécdotas;
chistes de café,
caspa y babas.
Hombres que van al cine, solos.
Mugre y parsimonia.

Al lado de otros poemas tan críticos como éste ("Ciudad perdida" es un buen

